

CONCLUSIÓN ALTERNATIVA

Si tuviera que dar forma discursiva a lo que sin duda muchos piensan que es mi propio discurso, diría que fue y sigue siendo un atrevido/arriesgado proyecto: ese discurso no termina de consolidarse —ni jamás lo he pretendido— como lo hicieran los viejos sistemas, como las teorías que dicen legitimar la voluntad misma de sistema.

El proyecto es —tendría que serlo siempre— un *proyecto inacabado*. De esta forma no sería *mi* proyecto objetivándose en cualquier forma discursiva con vocación de acabamiento.

Creo que he ido fijando las bases para construir una cierta teoría crítica *sobre* la vida, anteponiendo por norma el acontecimiento a la palabra

No construyo para ofertar esos productos en mercado alguno, porque mis productos, siendo objetos de intercambio no soportan estimación previa: se consumen sin más. Sabemos qué tipo de productos hay ya en el mercado y el precio que dicen corresponderles, porque conocemos la intencionalidad que tras ellos —los que consumen, mucho antes que aquellos que los ofertan— se esconde.

Sin embargo, este a-típico producto necesita de mercaderes y, en consecuencia, de específicos demandantes. Por eso hemos sido/seremos alevosamente *cómplices* a la hora de ponerlo en ese absurdo y contradictorio mercado, el genuino espacio de la provocación y de la seducción.

Una teoría *sobre* la vida será siempre una «teoría provisional», siempre *sobre* una concepción y práctica de vida, usos y costumbres de un pueblo.

Teoría provisional porque pueden —y deben— construirse visiones-otras en función de los intereses del constructor, en función de la específica inserción de ese constructor.

Hay que agotar/consumir las palabras del lenguaje ordinario/conversacional para constatar, en primer término, que las palabras no siempre nombran a las cosas que dicen nombrar. El uso/ab-uso de las palabras, en este caso, establecería la escala que mediría el correspondiente «compromiso ciudadano».

Hay, sin embargo, cosas que las palabras jamás nombran. El reconocerlo da cuenta del talante crítico del que lo hace.

Las palabras, por último, simulan/ocultan las cosas que no se desean o no se pueden intercambiar. Se evita así el *riesgo* y se refuerza la inmovilidad de un *estado de opinión* instaurado y vigente. Tal actitud podría catalogarse como «indiferencia militante» o, simplemente, utilizando un lenguaje al uso, «pasotismo».

Teorizar es *mirar hacia afuera*, traspasar la barrera de los propios intereses. Sólo puede hacerlo un observador que arriesga/se arriesga y compromete.

Forzar un discurso *mirando hacia adentro* es una (pseudo) teoría, por más que uno se empeñe en ser el espejo de la realidad en torno.

Al final, a uno no le queda más remedio que aceptar las reglas del juego y admitir que sólo desde la teoría se accede a una praxis —como tal reconocible— para volver desde esta praxis de nuevo hacia la teoría; aunque ahora esta teoría sea por definición exponencial y, en consecuencia, crítica.